

RAÚL
GARBANTES

NO LO
REVELARÉ

UN RELATO POLICÍACO DE ASESINATOS, MISTERIO Y CONSPIRACIONES

SERIE
REBECA
OLSEN

A woman with glasses and a dark jacket is shown in profile, looking towards the left. The background is a blurred image of a building, possibly a government or institutional structure, with a blue color cast over the entire scene.

NO LO REVELARÉ

REBECA OLSEN N° 3

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2020 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Redes sociales del autor:





Obtén una copia digital GRATIS de *Los desaparecidos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/losdesaparecidos>

PARTE I

(Extracto de la noticia publicada en la prensa el día 21 de diciembre del año 2019)

ESPELUZNANTE TRIPLE HOMICIDIO cometido por el «asesino del terciopelo rojo».

La familia Donovan ha sido hallada asesinada en su propia casa. Michael (55), Mary Ann (54) y Clare (30) fueron asesinados en el comedor de la residencia ubicada en Georgetown, en una tranquila calle llamada Oliva, frente al sendero boscoso que conduce al río Potomac.

El hecho ha dejado desconcertado al Departamento de Homicidios de Washington, y todo apunta a que el FBI se encargará de la investigación.

Melany Hunt, vecina y amiga de los Donovan desde hacía diez años, notó que la puerta de la casa estaba abierta y se extrañó porque «ellos eran muy cuidadosos con la seguridad». Esto hizo que sospechara algo malo y llamó de inmediato a la policía. En pocos minutos llegó una patrulla. Los uniformados, al no obtener respuesta, ingresaron a la vivienda, y al entrar al comedor se encontraron la dantesca escena. Los cuerpos de Michael, Mary Ann y Clare se hallaban atados de pies y manos, y dispuestos sobre las sillas del comedor en torno a la mesa. Habían sido degollados. Estaban volcados hacia delante de forma tal que las cabezas descansaban sobre los platos ensangrentados. El mantel blanco estaba empapado de la sangre de las víctimas, así como las servilletas, la tapicería de las sillas y la alfombra. Lo más aterrador es que sobre los platos también había un trozo de pastel «terciopelo rojo» puesto sobre la sangre.

Melany Hunt ha declarado que los Donovan no tenían enemigos, que eran unas maravillosas personas, amigables y alegres, y que nunca se entrometían en las vidas de los demás. Que llevaban más de veinticinco años viviendo allí y eran apreciados por todos los vecinos.

El inspector encargado del caso no quiso dar declaraciones a la prensa, pero informó que esperan la colaboración del FBI. Es la primera vez que en el barrio de Georgetown sucede algo como esto. Hace veinticinco años, y también para época navideña, esa misma calle vivió un hecho trágico; una mujer llamada Elizabeth Sullivan, en un descuido, dejó la puerta de la terraza abierta y su hijo, un niño de tres años, cayó en la piscina y se ahogó. La mujer y las dos hijas —quienes eran mayores que el chico— se fueron a Canadá, y la casa número 1225, ubicada en el cruce de las calles 27 y Oliva, nunca volvió a ocuparse. Para los vecinos, la vivienda de Elizabeth Sullivan era el recordatorio constante de la tragedia y algunos de ellos se mudaron, pero los Donovan no. Ahora, este nuevo suceso ha venido a ensombrecer la apacible vida de la calle Oliva.

«Mary Ann me había dicho que querían viajar al Caribe, hacía apenas tres días... es todo tan espantoso», dijo, entre lágrimas, Melany Hunt. Helen Stone, otra vecina, recién llegada a la

ciudad, cree que la calle está maldita y habla de rescindir el contrato de alquiler del inmueble ubicado justo del otro lado de la casa de los Donovan. «Nadie nos dijo que aquí sucedían este tipo de cosas. No quiero que mis hijos crezcan en un lugar marcado por la maldad», afirmó con vehemencia.

La ciudadanía espera que las autoridades atrapen al asesino, que ha sembrado el pánico en uno de los barrios más emblemáticos y visitados de Washington.

DESPUÉS DE LOS sucesos en la isla Royale me aceptaron en la organización, así que debía ser paciente y esperar a que me involucraran en los casos que ellos considerasen. Mientras tanto, continué investigando en las redes sociales y haciéndome pasar por personas ficticias para contribuir a identificar los niveles medios y altos de la Black Key. Logré que se pusieran tras la pista de varios delincuentes gracias a mis investigaciones.

Volví a Washington para celebrar la Navidad. Necesitaba descansar y vivir unos días de tranquilidad en casa, con mis padres. Había prometido a Rose no contarles nada hasta que ella lo decidiese. Ahora me comunicaba con mi hermana una vez a la semana y, aunque no me aclaraba dónde estaba y nuestras conversaciones duraban solo cinco minutos, me sentía feliz porque la había recuperado.

En resumen, estaba satisfecha de mí misma, y muy animada llegué en la mañana a la casa de mis padres en Arlington, el 21 de diciembre. Ellos volverían de su viaje a Europa al día siguiente, así que tenía unas horas para comprarles los regalos y acomodarlos bajo el árbol antes de que estuviesen en casa. Unos días después se juntaría con nosotros Gary. Mis padres aún no lo conocían, aunque ya les había hablado de él y sabía que mamá se moría de la curiosidad por verlo.

Pero la noticia que leí aquella mañana al llegar a la casa me dejó inquieta. Tanto que la sensación de desasosiego me acompañó durante todo el día y no me dejaba dormir aquella noche. No solo por lo espantoso que era imaginarse a esas tres personas asesinadas y acomodadas de esa manera, como si estuviesen cenando, sino porque yo los conocí de chica.

Ellos vivían en la calle Oliva de Georgetown y allí también vivimos mi familia y yo hace veinticinco años, cuando tenía cinco. Mis padres rentaron a un precio muy bajo la casa que habitamos por poco tiempo. Esa calle, que era como la muestra de esas cosas que están en medio de un lugar totalmente diferente, estaba en Georgetown, pero, a pesar de eso, parecía que se encontraba en medio del bosque. Como si estuviese en una montaña, y lo irónico era que apenas a pocos metros estaba la calle M, tan llena de tiendas, cines y de turistas. Se trataba de una callecita perpendicular interrumpida por el sendero boscoso llamado Rock Creek, que daba al río Potomac. Todos decíamos que vivíamos cerca de la calle M en lugar de en la «callecita Oliva». Es que casi nadie la conocía. Las únicas casas cuyo frente daban al sendero eran la nuestra, la de Susy Graham, la de Jenny Sullivan, la de los Donovan y la del señor Piketty.

Este último me daba miedo. Era un personaje siniestro, al menos para mí. Se la pasaba caminando por el sendero cubierto de nieve, entre los árboles, con un palo en la mano y mirando a todos lados, como si quisiera atacar a alguien, pero a la vez sonreía. Creo que fue mi primera idea de la locura. Hasta se me parecía al Guasón, porque tenía los labios muy grandes y las cejas finas

y arqueadas como un payaso. Una vez discutió con mi padre y recuerdo que, aunque él es un hombre tranquilo, me di cuenta de que en esa oportunidad estuvo a punto de perder los estribos. Recuerdo unas palabras sueltas que pronunció Piketty: «maltrato», «no es normal», decía él, y mi padre lo contradecía, molesto.

Susy, Jenny y yo éramos inseparables y además teníamos un juramento, aunque nuestra amistad solo durara unos pocos meses porque muy pronto nos fuimos de Georgetown. Era la Navidad del año 1994.

«Algo pasó con el hermano de Jenny», me dijo Susy un día en secreto. Después de eso no volví a ver a Jenny Sullivan y nadie me explicó por qué. Recuerdo a Susy con un abrigo azul claro y una gorrita blanca, dándome la noticia. Es muy extraño, porque aunque no puedo recordar el rostro de Susy, me acuerdo de cómo vestía aquel día. Y también de una cicatriz que tenía en la mano por una mordida del perro de los Donovan. Lo único que recuerdo de Jenny era que no podía estarse quieta y que le encantaba tocar los objetos que mamá tenía en casa.

Casualmente, en la cena de Acción de Gracias de este año, antes de que mis padres se fueran de viaje, me contaron algo inesperado en relación con esos tiempos: el hermano de Jenny se ahogó allí en su casa y su mamá, Jenny, y su hermana Natalie —a la que pocas veces vi y no recuerdo casi nada— se fueron desoladas a Canadá. Después se fue Susy de la calle y al poco tiempo nosotros. Esa era la misma Elizabeth Sullivan que el periódico mencionaba.

Las veces que traté de recordar cómo eran mis dos amigas, las imágenes que me venían a la mente eran efímeras y pobres. Pero ahora, con esta noticia, todo adquiría un tono agrio y espeluznante. Porque Clare Donovan nunca quiso juntarse con Susy, con Jenny y conmigo, y ahora alguien la había degollado. Era solo un año mayor, pero no le gustábamos, ni ella a nosotras. Creo recordar que una vez —al principio— la invité a jugar en el patio de casa y ella sonrió, dio la vuelta y se alejó sin decir una palabra. Una de ellas, o Susy o Jenny, me dijo que no le prestáramos atención nunca más porque era una «odiosa presumida».

El asesino del «terciopelo rojo» la había matado en su casa, en la misma calle Oliva, que era el lugar de mis recuerdos más confusos.

ESPERÉ hasta la noche siguiente la llegada de mis padres. Intenté comunicarme con ellos, pero fue en vano. Supuse que me había equivocado y que el vuelo debía ser un día después. Durante la tarde estuve comprando varios regalos, pero estaba distraída. Seguía con la noticia de la muerte de los Donovan en la cabeza.

Al anochecer recordé que mamá estuvo una época interesada en la fotografía, cuando yo era muy chica. Entonces se me ocurrió que tal vez tuviese algunas fotos de los vecinos de la calle Oliva. Era una buena posibilidad.

Así que me dirigí al sótano. Sabía que allí ella guardaba este tipo de cosas. Bajé las escaleras con cuidado porque eran angostas y la bombilla estaba fundida. Me alumbraba con la luz del celular. El lugar estaba lleno de muebles viejos y juguetes rotos. Avancé y tropecé con una mecedora. Me hice una pequeña herida en la pierna. Sentí un leve ardor y luego nada. Me pareció escuchar un ruido arriba, pero pensé que eran imaginaciones mías. Entonces vi un estante lleno de cajas transparentes de varios tamaños. Cada una de ellas tenía un rótulo con escritos. Eran los números de mamá. Ponía en cada caja un año diferente. Pero 1994 no estaba.

Abrí la caja de 1995. Había fotos de unas vacaciones en una playa y otras en un bosque. En casi todas estábamos mi hermana y yo riendo. Reviví esos buenos momentos admirando nuestros rostros felices. Luego guardé todo tal como mamá lo había organizado y pensé que tenía que dormir.

Cuando comencé a subir las escaleras, de pronto todo se puso oscuro. La batería de mi teléfono se descargó. Volví a escuchar un ruido arriba. Ahora estaba segura. Me quedé inmóvil unos segundos y sentí que el viento chocaba con la casa. Me dije que tal vez la ventisca había hecho que algo cayera y eso produjo el ruido. Subí con cuidado porque no sabía cuántos escalones eran. Lo hice muy despacio. Por fin llegué al último y avancé. No recordaba haber dejado la puerta del sótano cerrada, pero así estaba. La empujé y cedió. No sé por qué esperaba que no lo hiciera.

Me dirigí al cuarto de la planta baja, donde había preferido quedarme a dormir. Me gustaba la vista desde la ventana de esa habitación que daba a un parque. Puse a cargar el celular, me quité la ropa, me vestí con un camisón y me acosté. Al hacerlo, apenas puse la cabeza en la almohada, de la nada me surgió un recuerdo; la mamá de Jenny era pastelera y preparaba un célebre pastel terciopelo rojo que decía que también podía llamarse «pastel del diablo». En eso estaba equivocada porque los dos pasteles, aunque se ven similares, son diferentes, pero yo a esa edad no lo sabía. Aquella Navidad nos regaló un pastel terciopelo rojo a cada una de las familias. Estaba envuelto en un papel de seda azul con un gran lazo. Yo miraba desde los balaustres de la escalera en el piso superior cuando mi hermana Rose abrió la puerta y recibió aquella belleza en

sus manos...

Pensé que quizá, para el asesino de los Donovan, Elizabeth Sullivan debía tener algo que ver porque en la noticia del periódico se juntaban dos elementos que en mis recuerdos también estaban relacionados: la calle Oliva, donde tuvo lugar el triple asesinato, y el pastel terciopelo rojo. Y ambas cosas tenían que ver con Elizabeth Sullivan. Y junto a los cadáveres había un trozo de esa tarta, que era su especialidad. Era bastante coincidencia.

—¿Y si era un crimen que tenía su origen en el pasado? En eso que había sucedido la Navidad del 94 con el hijo de ella, que murió ahogado —me aventuré a pensar.

Necesitaba más información sobre lo que pasó aquellos años, aunque no estaba segura de la veracidad de lo que se me había ocurrido. Me reprendí a mí misma porque se suponía que iba a Washington a descansar y dejar de pensar en crímenes, pero no podía evitarlo.

—¿Por qué discutió mi padre con Piketty? ¿Cómo eran las relaciones entre las familias que vivíamos en la calle Oliva? ¿Alguno pudo crecer y convertirse en un asesino? —me preguntaba.

No tenía manera de saberlo, ya que cuando uno está tan pequeño solo vienen a la cabeza momentos y escenas, pero no se tiene consciencia real de las cosas que pasan.

Me di la vuelta y acomodé mejor la almohada bajo mi cabeza, y en el momento en el cual me obligaba a cerrar los ojos vi una mano posarse sobre la ventana.

RECUERDO QUE PENSÉ que era la rama de un árbol, pero al instante me convencí de que no lo era. El escarchado cristal y la traslúcida cortinita blanca me mostraban la silueta de una mano extendida, como un largo filamento negro.

Esta empezó a dar golpes sobre el cristal.

Me levanté de un brinco, moví el pestillo y abrí una de las hojas de la ventana. Entonces vi la cara de una desconocida. Era pálida, con los labios agrietados y morados y con unas manchas grises bajo los ojos.

—¡Ayúdame, por favor! —suplicó.

Las puntas del pelo mojado le caían sobre los pómulos. La mano fría me tocó, y el aliento que salía de su boca se hizo visible en el aire helado.

—Creo que le hicieron algo a Sebastián. Por favor, ayúdame... ¡Tienes que ayudarme!

¿Quién sería Sebastián?, me pregunté. Tal vez un niño, su hijo.

—¡Sebastián está muerto! —dijo con un lamento agónico.

—Cálmate, que ya voy a dar la vuelta y voy a abrir la puerta —le dije como si fuera alguien conocido.

Ella se quedó llorando y repitiendo las mismas palabras cargadas de angustia.

Me puse la bata sobre el camisón y corrí hasta la entrada.

Moví los seguros y abrí con determinación. Sentí un viento helado en cuanto jalé la puerta.

Ella apenas iba llegando, corriendo y moviendo en forma disparatada la luz de una linterna que cargaba, con la que dibujaba surcos luminosos en la oscuridad. Eso me hizo pensar que venía corriendo desde el parque posterior de la casa.

¿Habría tenido que ver con los ruidos que escuché antes? —me pregunté mentalmente mientras la veía llegar.

Estaba mojada, como si hubiese caído sobre la nieve. La tela del pantalón, a la altura de las rodillas, estaba muy sucia y también había una mancha oscura en su camiseta gris, en la boca del estómago. No llevaba chaqueta ni abrigo, pero sí unos guantes. No parecía sentir frío. La consternación por «Sebastián» le habría quitado hasta esa sensibilidad.

—Pasa, pasa —le dije con apremio, sin pensarlo mucho.

—¡Le hizo algo a Sebastián! ¡Estoy segura!...

Su voz era infantil, con un timbre muy agudo. Tal vez por la emoción que la movía.

—Ven por aquí —le dije.

La agarré con delicadeza porque me pareció que necesitaba una mínima conducción, y la llevé hasta el salón.

—Siéntate. Mejor traigo una toalla para secarte y que entres en calor. Voy a prepararte un café,

y entonces me vas a contar...

—¡No quiero café! ¡No quiero nada! —gritó la muchacha—. ¡Solo que me ayudes!

Lloraba, se tapaba la cara y luego se agarraba la cabeza.

—¡Por favor! ¡No esperes más! Puede que aún esté vivo... —dijo todavía atacada por el llanto.

No sabía qué quería de mí. Tal vez que saliéramos a buscar a «Sebastián».

—¿Quién es Sebastián? —le pregunté por fin.

—Mi hermano —respondió con simpleza.

Al pronunciar esas dos palabras, y como había detenido el llanto y el movimiento frenético de la cabeza, pude verle mejor la cara.

Notó que estaba mirándola con interés.

—¿Eres Rebeca? ¿Rebeca Olsen?

—Sí, lo soy..., pero ¿quién...?

—No puedo creer que no me reconozcas ni te acuerdes de mi hermano.

Una imagen se apareció en mi cerebro. Un niño gordito que lloraba en todo momento. Y ella, mi amiga, diciendo que «era una lata». Allá en la calle Oliva...

¡No podía ser!

—Soy Susy Graham, Susy... pasamos juntas la Navidad del año 94 en Georgetown. Han secuestrado a Sebas y no quiero ni pensar que lo encontraré degollado sobre un trozo de pastel. ¡Dios! ¡No puedo imaginarlo!

—¿Susy? ¿Pero cómo has dado conmigo? Es que...

—Por la carta. Por lo que decía la carta. Decía que aquí te encontraría.

—¿De qué estás hablando? ¿Cuál carta?

—La carta donde dice que tiene a Sebas y que debía venir a buscarte a esta casa... Dice que todos los de la calle Oliva tenemos la culpa de lo que pasó.

—¿QUIÉN dice eso? —pregunté.

Ella no respondió, sacó un papel doblado en dos y me lo entregó.

«Algunas veces no hacer nada equivale a hacer algo terrible. Todos ustedes en la calle Oliva se enteraron de que ella estaba loca y se hicieron de la vista gorda. Sabía disimular y fingía que era dulce, casi tanto como sus maravillosas tartas, que era lo único que les interesaba a todos. Fueron cómplices de la crueldad con la cual ella nos trataba y de lo que le pasó a mi hermano, porque quisieron creer que fue un accidente, pero fue un asesinato. Todos son culpables de que nuestra vida haya sido un infierno sin fin y llegó la hora de hacerles pagar...».

—¿Pero quién escribió esto? —insistí confusa.

—Jenny. ¿Quién más iba a ser?

—Elizabeth era una buena mamá, yo la recuerdo... —comencé a decir, pero de inmediato callé. Realmente no sabíamos cómo era Elizabeth Sullivan y debía ser cierto lo que decía la carta porque nadie inventaría algo así de no ser verdad.

Recordé una vez que llegaron las dos a casa; Jenny se veía asustada y su madre se comportaba de manera extraña, como demasiado perfecta. Estaban paradas en el umbral. Ni siquiera recuerdo la razón por la cual nos visitaron, porque era cierto que casi nunca lo hacían...

Lo otro que decía la carta era que Susy debía buscarme en casa de mis padres y que luego sabríamos más de su hermano Sebas.

Me sentí acechada. Apenas llevaba un día en casa, lo que significaba que Jenny Sullivan estaba siguiendo mis pasos y conocía también mi apariencia actual, mi paradero...

—Susy, ¿tú crees que fue ella la que asesinó a los Donovan? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Claro que fue Jenny. ¿Pero es que tú no sabías que su madre estaba loca?

—Por supuesto que no —respondí en voz más alta.

—Nunca miraste los brazos de Jenny. Estaban llenos de moretones y heridas. En cambio, te quedabas extasiada viendo la cicatriz en mi mano. Pero ahora lo importante es concentrarnos en el presente...

—Hay que avisar a la policía —concluí.

—No. No dejaré que le avises a nadie porque puede hacerle algo a mi hermano —me respondió con suma determinación.

Comprendí que podría estar en juego la vida de Sebastián, si es que Jenny Sullivan era la asesina de los Donovan, y tuve que darle la razón en ese momento. Lo mejor era esperar a que ella se comunicase con nosotras. Todo me parecía una pesadilla; como si un error del pasado hubiese venido para llevarnos a la muerte. Un error que yo ni siquiera sabía que habíamos cometido,

porque era muy niña. Pero si lo que Susy decía era cierto, los demás eran culpables hasta cierto punto. Los que pudieron haber visto muestras de violencia en el cuerpo de Jenny o algún desequilibrio en el comportamiento de su madre y no hicieron nada para evitarlo. Eran ellos, los mayores, y no nosotras quienes debieron tomar alguna acción. Si era cierto, estaban ante una asesina que regalaba pasteles y que debió haber matado a su propio hijo...

—Vamos a sentarnos, aquí en el sofá, y vamos a pensar con la cabeza fría —le sugerí.

Ella, contrario a lo que pensé, obedeció sumisa y nos sentamos.

Se quedó mirando al vacío unos segundos. Estuve a punto de preguntarle cómo había llegado a casa, por qué sus ropas estaban tan sucias y por qué no tenía abrigo, sino solo una camiseta de mangas largas, pero hizo un gesto que me distrajo porque me resultó familiar. De seguro lo vi de pequeña, cuando jugaba con ella. Era desagradable que esa amistad del pasado se viera contaminada por el terror que las dos sentíamos en ese momento. Porque una cosa es resolver los casos criminales de la Black Key, y otra muy diferente es sentirse víctima de una venganza, de alguien que te culpa de algo que sucedió hace veinticinco años.

Fue cuando se me ocurrió una de las más alarmantes preguntas que he tenido que hacerme en mi vida. Sentí la boca seca y los brazos dormidos de golpe.

¿Estarían bien mis padres?

Deberían haber llegado ya. Primero pensé que había entendido mal la fecha de su retorno, pero en ese momento me atacó la terrible idea de que Jenny Sullivan, la asesina del terciopelo rojo, los hubiese matado...

FUE CUANDO LA VIMOS. Una sombra tras la ventana del salón. Había alguien en el exterior de la casa.

Susy me agarró la mano en una reacción repentina. También profirió un grito ahogado.

—Ha llegado. Ha venido por nosotras dos. Puede que nos odie más porque éramos sus amigas y debimos hacer algo por ella, pero no lo hicimos.

—Cálmate —le dije, enérgica.

—¿Qué vamos a hacer? Va a matarnos... Tenemos que escondernos.

Escuchamos un golpe seco, como si algo pesado se hubiese desprendido de la segunda planta. Pero yo estaba sola en casa, o al menos eso creía. Vino a mi cabeza Gary. Él me había propuesto irse conmigo a Washington, y había sido yo quien lo convenció de que no lo hiciera. Tal vez, si estuviese allí, me ayudaría a pensar con claridad. Entonces me dije que podría llamarlo, que la organización acostumbraba a tratar con criminales y podría ser discreta, y podrían ayudarnos a dar con Jenny Sullivan antes de que otras personas murieran. Me repetía que mis padres debían estar bien, que en la casa no había nadie y que tenía que calmarme...

En ese momento en el que las ideas se me agolpaban a una velocidad vertiginosa, escuchamos el estallido. Uno de los cristales de la ventana se hizo añicos ante nuestros ojos.

Susy gritó y yo me levanté de un salto.

Había visto que algo fue a parar al piso. Un objeto que entró por la ventana. Susy se quedó paralizada.

Me acerqué y vi lo que era. Una piedra blanca con vetas negras envuelta con una cinta y un pedazo de papel de seda como el que envolvía los pasteles Elizabeth Sullivan.

—¿Qué es eso? No deberías...

—Tranquila, Susy. Tal vez nos diga algo sobre Sebastián.

—Es verdad. Discúlpame, es que estoy totalmente destruida con todo esto.

Tomé la piedra a través de la tela de mi camisón por si luego debíamos analizar las huellas y solté la amarra para sacar el papel y ver su contenido.

—Has aprendido... eso de agarrarlo para no borrar las huellas, a mí no se me hubiera ocurrido —me dijo ella mientras yo miraba lo que estaba escrito en un pequeño trozo de papel blanco pegado a la piedra.

«1225/27 y O»

ENSEGUIDA SUPE LO QUE ERA.

—¿Qué quieren decir esos números? —preguntó Susy con una energía renovada.

—Es la dirección de la casa de la familia Sullivan. Quiere que vayamos a la casa donde ellas vivieron, donde se ahogó el niño. Es lógico, ya que cree que allí comenzó todo, con la indiferencia de los vecinos ante su desgracia. No estoy segura de que Sebastián esté vivo. Lo siento. No entiendo por qué no intentó vengarse antes, tal vez un detonante en su vida la ha llevado a esto, quizá haya perdido a alguien o hubo un cambio reciente que la condujo a querer saldar las cuentas del pasado.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó con voz quebrada.

—Tenemos que pensarlo bien —le respondí.

De inmediato fui a buscar el teléfono en el cuarto. Tenía que saber si mis padres estaban bien. Cuando lo vi sobre la mesita de noche, sentí ganas de llorar, me asusté, porque si no lograba comunicarme con ellos no podría soportar la incertidumbre. Corrí, lo tomé y marqué el número de papá. En donde fuera que estuvieran en Europa, ya sería una hora adecuada para que estuviesen despiertos. Sonó el tono de comunicación una vez, luego otra.

—Tienes que atender, tienes que atender la llamada..., papá —dije en voz alta.

—Hola, querida. ¿Cómo estás? —dijo la voz del otro lado.

Las lágrimas corrieron por mi cara.

—¿Están bien? —pregunté disimulando.

—Sí, cariño. Tu mamá tuvo un pequeño accidente y no nos explicamos cómo fue.

Otra vez el terror pretendía atacarme.

—Se cayó subiendo una cuesta en Lisboa y se dobló el tobillo. Pero ya está bien. Lo que pasa es que no quise que viajara así. Cambié el vuelo, pero no te preocupes que mañana nos vamos a casa.

—Me alegra mucho que estén bien, papá. Quería preguntarte algo sobre unas personas que conociste cuando vivimos en la calle Oliva.

—Nos hemos enterado de lo del crimen de los Donovan. Cariño, es increíble, pero no pienses en eso. Reconozco que es espeluznante la noticia y, aunque no hayan sido cercanos a nosotros, tu madre y yo lo lamentamos.

—¿Qué opinabas de ellos?

—¡Vaya! Que eran unos presumidos. Algo tontos. Como de esas personas insensibles que pueden ser testigos de algo grave y se quedan impávidos como si nada pasara. Pero no sé por qué me preguntas eso, como si mi opinión viniera al caso. No quiere decir que no lamente sus muertes...

—Lo sé, papá. ¿Y de Elizabeth Sullivan? ¿Qué opinabas de ella?

—Que era una mujer extraordinaria. Y con un gusto maravilloso para los postres y para la música. Le encantaba Céline Dion. Estoy seguro de que los rumores sobre que ella fue la culpable de la muerte de su hijo no son ciertos. No se atrevería a hacer algo que condujera a la muerte de alguien a su cuidado.

—ESTOY segura de que hay alguien tras la puerta principal de la casa, Rebeca —dijo Susy Graham, quien se había quedado detenida en el umbral de la puerta de la habitación donde yo estaba. No sabía desde cuándo estaba parada allí.

—Tengo que colgar, papá. Saludos a mamá y que tengan buen viaje —me despedí y continué con el celular en la mano.

—Perdona que te haya interrumpido, pero estoy segura de que hay alguien afuera.

—Tal vez sea el viento. Anunciaban ráfagas de treinta kilómetros por hora. O los gatos del vecino haciendo ruido —le dije, intentando calmarla.

—No son gatos ni es el viento. Es como si alguien estuviese parado detrás de la puerta. Estoy segura...

—Está bien. Ya vamos a ver —consentí.

Intentaba calmarla, pero era cierto que podíamos estar en peligro. Si lo que pensaba sobre Jenny era verdad, debía estar movida por una sed de venganza implacable. Mi papá era una persona sensata, e incluso él había caído ante la representación de Elizabeth Sullivan de ser una madre ejemplar. Esos años siendo víctima de una mujer maltratadora debieron haber sido una bomba de tiempo. ¿Pero por qué ahora quería vengarse de los vecinos? ¿Estaría el FBI tras la pista de Jenny Sullivan por el asesinato de los Donovan?

—Vamos a ver si es cierto lo que dices, Susy.

Caminamos con sigilo por el pasillo que conduce a la puerta principal, donde ella afirmaba haber visto una sombra, como si alguien estuviese parado del otro lado y con sus zapatos bloqueara la luz del exterior que debía entrar por la hendidura de la puerta.

Nos detuvimos las dos al llegar, sin hablar ni hacer ruido.

Nada. Entonces decidí abrir y encarar a quien fuera si es que no eran imaginaciones de Susy. Recuerdo que tomé el picaporte con fuerza y abrí con rapidez. Tanta que ella quedó desconcertada por mi actuación. Sé que en esos segundos dudé de ella, de su cordura. Pensaba que no debía haber nadie allí, porque si Jenny quería que fuéramos a la casa en Georgetown y ya nos había lanzado el mensaje rompiendo el cristal de la ventana, para qué iba a permanecer en los alrededores de la casa.

Pero lo que vi hizo que replanteara mis ideas.

VIMOS a un hombre vestido con un uniforme de policía. Era muy blanco y delgado. Debía rozar los dos metros de altura. Tenía la nariz aguileña y los ojos negros y profundos. Desde el principio me causó desconfianza porque sabía que los policías solían andar en pareja y él estaba solo.

—Soy el agente Hausmann. Niko Hausmann. ¿Está todo bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? —se apresuró en responder Susy.

Me dije que estaría pensando en que si la policía se enteraba de lo que estaba sucediendo, Sebastián no tendría oportunidad alguna de sobrevivir.

—Los vecinos han reportado ruidos sospechosos y la rotura de un cristal. ¿Seguro que todo está bien?

—Sí. Todo en orden. He sido yo que he llegado sin avisar a casa de mi amiga y no tenía la llave. Intenté que me abriera llamando a la puerta y luego a la ventana, y eso debió ser lo que oyeron los vecinos. La gente está muy nerviosa en la ciudad, por lo del triple asesinato... —dijo Susy.

—¿Dónde está su compañero? —le pregunté con seriedad.

Luego me arrepentí. Eso era ponerlo sobre aviso de que no confiaba en él, y nosotras estábamos desarmadas. Podía ser aliado de Jenny, tal vez su novio. Alguien con las mismas intenciones que ella. Incluso podía ser él mismo quien rompiera el cristal. Imaginé que ese podía ser un buen detonante para que Jenny quisiera vengarse ahora; haber encontrado a alguien que compartiera sus deseos y que formara una especie de sociedad para el asesinato junto con ella. No debía operar sola, porque el crimen de los Donovan había sido complejo y lleno de dificultades: en primer lugar, debía haberse ganado su confianza para que la recibieran en casa, y un hombre disfrazado de policía podía ayudar en eso. Luego tendría que haberlos sometido y amarrado, para después cortarles el cuello. Aunque para hacer esto último no es necesaria mucha fuerza, comencé a abrazar la idea de que Jenny no actuaba sola.

—Mi compañera está en el auto —respondió en un tono que no sabría describir.

Hizo un gesto que me dejó alerta; movió los labios gruesos como si estuviese soplando. Su cara era parecida a la de Piketty. No podía ser él, porque era joven, pero sí podría ser su hijo o un familiar.

—Está bien, agente. Creo que le hicieron venir para nada. Algunas veces los vecinos se equivocan —le dije con doble intención, para ver su reacción.

Pero no encontré nada en su rostro que me hiciera pensar que la alusión a los vecinos significara algo para él. Bajó levemente la cabeza y se dio la vuelta.

Lo vimos irse, caminando despacio y mirando a un lado y a otro.

Sin duda alguna, era un hombre fuerte. Podría someter a cualquiera. Además estaba armado.

Pensé que era imposible que fuera un policía porque uno de verdad hubiese notado la suciedad en las ropas de Susy y su estado anímico, y hubiese inferido que algo muy grave sucedía.

—Rebeca, gracias por no haber dicho nada. Tenemos que hacer lo que ella dice. Se trata de Jenny, y no creo que nos haga nada a nosotras. Éramos sus amigas. Puede que solo quiera reclamarnos o tenernos cerca. Ella debe saber que yo quiero a Sebastián y no hará lo mismo que con los Donovan. Ya sabes que a todas nos caía mal la detestable de Clare...

Era cierto lo que decía.

Otro recuerdo se posó sobre mí. El de nosotras tres mirando a Clare Donovan observándonos como si fuéramos tres bichos raros. Y una de ellas, de mis amigas, diciendo que ojalá se muriera...

No le dije nada a Susy, pero en ese momento me convencí de que el policía representaba un mayor peligro del que ella suponía. Pero no podía ponerla más nerviosa. Ya estaba metida en el ojo del huracán de la venganza de Jenny Sullivan. Lo peor era que, siendo tan pequeña por entonces, no podía recordar casi nada de aquellos días. Rose debía saber mucho más que yo, pero no podía llamarla, porque no había querido decirme la forma de ubicarla. Hablábamos con frecuencia, pero siempre era ella quien me llamaba a mí. Pensé en informar lo que pasaba a Gary, pero tendría que hacerlo sin que Susy se diera cuenta.

De lo único que estaba segura era de que Jenny debía odiar con mayor intensidad a quienes, siendo sus amigas, no la habíamos podido salvar de la crueldad silenciosa de su madre. No porque tuviésemos alguna culpa en realidad, sino porque, si estaba desequilibrada, podría aferrarse a quienes la conocimos en aquella época. Tal vez su mente no funcionaba bien y buscaba culpables donde fuese. O quizá fuese por aquello que hicimos junto al árbol de cerezos... ¡Eso era! Y era lo que más recordaba de nuestra niñez: habíamos hecho un juramento de niñas en el que prometíamos que ninguna de las tres se quedaría atrás, que siempre nos defenderíamos y que nunca dejaríamos que nadie nos hiciera algún mal, como si fuésemos hermanas. Eso fue cuando vimos el nido en el árbol y varios pichones que asomaban sus pequeñas cabezas. Fue idea de Jenny lo del juramento. Ahora lo veía todo claro, y, para ella, nosotras le habíamos fallado...

—¿QUÉ hacemos ahora? —me preguntó Susy.

—Lo que quieras. Sin decirlo a nadie, iremos a la casa de los Sullivan.

—Entonces hagámoslo de una vez —me dijo entre decidida y aliviada.

—Tengo que vestirme. Dame cinco minutos —le pedí.

Todavía nos encontrábamos en el umbral de la puerta y el frío comenzó a colarse entre mis ropas hasta llegar a los huesos. Antes no lo había sentido con esa intensidad. Tal vez por el susto de lo de mis padres y, después, por la mala impresión que me causó el policía. También me di cuenta en ese momento que llevaba conmigo el celular en la mano.

Susy lo miró con interés. Supe lo que estaba pensando: que iba a llamar a alguien. Entonces me anticipé.

—No te preocupes. No avisaré a nadie. Voy a apagarlo y a dejarlo sobre la mesa del comedor. Allí podrás verlo mientras me cambio.

—Perdona que sea tan desconfiada. Sé que no está bien, pero se trata de mi hermano.

Asentí. Cerramos la puerta de casa y no sé por qué sentí más frío adentro. Dejé el teléfono sobre la mesa y le pedí a Susy que esperase sentada en el sofá mientras me arreglaba. También le ofrecí una chaqueta y una bufanda.

Me encerré en la habitación y descansé la espalda en la puerta. Necesitaba pensar rápido y de manera acertada. Inspiré profundo un par de veces. Tuve la convicción de que estaba en peligro. Y de que la asesina del terciopelo rojo estaba muy cerca. Poco a poco venían a mi memoria cosas del pasado, palabras, voces. Sobre todo voces e imágenes.

Entonces comencé a plantearme las cosas desde otra perspectiva.

EN MENOS de quince minutos estuve lista. Me puse unos vaqueros y un suéter. Me miré en el espejo y me dije a mí misma que no podía tener miedo. Que los fantasmas del pasado son los peores si no se atacan de una vez. Incluso sentí pena por Jenny. Debía haber llevado una vida espantosa para cometer ese acto tan sangriento envuelto en ese conjunto de símbolos; el comedor, los platos, la tarta como la de su madre...

Salí de la habitación y volví a sentir un escalofrío.

Susy estaba sentada en el sofá junto a la mesita auxiliar donde mamá tiene tres pequeñas campanas de plata. Tenía una de ellas en la mano. Cuando me vio, la soltó y se levantó.

—¿Qué haremos al llegar a ese lugar?

—Esperemos a ver qué nos dice ella y saber para qué quiere que estemos allí.

—Yo creo que lo de la nota es para asustarnos, pero no se atreverá a hacernos daño. ¿Tú qué opinas, Rebeca?

—No lo sé, Susy. Debemos estar preparadas para todo. ¿Por qué habrá empezado por los Donovan? Me refiero a su venganza. ¿No te parece extraño?

—Tal vez porque eran los más imbéciles. Podrían presenciar una horrible acción y volver la cabeza a otro lado. O quizá Jenny les pidió ayuda y no la ayudaron.

—Sí. Esa es una posibilidad. ¿No eran dos? ¿Jenny no tenía una hermana un poco mayor que nunca jugó con nosotras?

—Ahora que lo dices, sí. Había alguien más, no sé si una hermana o una prima. ¿O sería otro hermano? La verdad es que no lo recuerdo. Ya sabes que cuando uno es tan pequeño todos los recuerdos se mezclan.

—Eso es cierto, Susy. Las cosas se mezclan. Solo recordamos fragmentos de los hechos y no podemos comprender la totalidad de las situaciones. Eso es lo que debemos explicarle a Jenny. Nadie que no viviera en esa casa podía saber que Elizabeth estaba desequilibrada. Incluso lo del accidente del niño, de Robert, quedó así como un suceso involuntario y ni siquiera hubo consecuencias penales, creo...

—De Micky. Me parece, aunque no estoy segura, que se llamaba Micky.

—Es igual. Me refiero al niño ahogado.

—Ya está bien, Rebeca. ¡Debemos irnos ya! No ves que mi hermano corre peligro —gritó.

SALIMOS de casa y cuando iba a cerrar la puerta, estando afuera, Susy me dijo que la dejara entrar un momento, que iría a buscar la nota de la piedra. Supuse que quería tener consigo la prueba de que habíamos ido allí porque alguien nos dejó esa información. La esperé unos segundos. Cuando volvió no tenía nada en las manos. Le pregunté si había conseguido la nota y me respondió que no, que debía ser por los nervios, pero no la había encontrado. Le pregunté si quería que la trajese yo, pero me dijo que lo dejara así porque perderíamos más tiempo.

Luego nos dirigimos a mi auto y emprendimos el camino hacia Georgetown.

Pensé que era mejor que no habláramos durante el trayecto para no vulnerar más sus nervios.

Me limité a manejar, mirando hacia atrás con frecuencia mientras transitaba la avenida Arlington. Me parecía que podrían estar siguiéndonos. Ese hombre tan parecido a Piketty y su «compañera», pero no pensaba decirle nada a Susy.

Mínutos después atravesamos el puente Francis Scott. En ese momento no sé por qué tuve la impresión de que Susy quería detener el auto. Era como si fuera presa de una desesperación silenciosa a punto de explotar. Pero de inmediato volví a verla como antes. Como esperando de manera pasiva un desenlace fatal.

Comenzó a caer una tormenta de nieve. Ninguna de las dos dijo nada. Ella lloraba.

—Podemos avisar a la policía aún —le dije.

—Ya es tarde para cualquier cosa. Sé que Sebastián habrá muerto y su sangre estará derramada sobre el plato, y el trozo del pastel del diablo estará bañado también...

Me atacó un recuerdo de Elizabeth Sullivan, altiva, elegante. Vestida de negro y tomando una taza de café, y explicando que su tarta en realidad se llamaba pastel del diablo.

—No creo que ella quiera matarlo, ni tampoco a nosotras. Solo ha explotado. Por alguna razón su cordura se ha quebrado ahora. Algo debe haberle pasado. Puede que su madre haya muerto y ella regresado al país, a la ciudad. Y eso desató todos sus demonios. Pero no lo sabremos hasta que la veamos. Además debemos detenerla porque ha asesinado a los Donovan, y tenemos información que el FBI no tiene. Hay que hacer lo correcto. ¿No crees?

—Siempre he hecho lo correcto —me respondió.

Yo no sabía nada de su vida. Era solo una persona con la que compartí juegos hacía veinticinco años. Éramos unas totales desconocidas.

—La calle está igual. ¿No te parece? —dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

Ya habíamos llegado a la calle Oliva y estábamos al frente de la casa de Elizabeth Sullivan. Ahora era una ruina silenciosa y enfrente podíamos ver el sendero boscoso con los árboles nevados.

La última casa de la cuadra era la de los Donovan, donde se cometió el asesinato, pero en ese

momento ya no había vigilancia policial. Pensé que de seguro el lugar se encontraba precintado, y que ya habrían terminado con la investigación técnica forense. Junto a ella estaba la casa donde yo había vivido.

Apagué el auto.

Bajamos y escuchamos a lo lejos una música navideña. Apenas se reconocía la canción. Provenía de la alegre calle M.

Recordé que eso también sucedía antes. Que vivir allí resultaba como hacerlo en una isla, cerca pero a la vez muy lejos del resto del planeta, como si fuera un oasis tranquilo. Lo que para mí podía ser algo idílico para la asesina del terciopelo rojo de seguro era un infierno. Miré a la casa y la vi tan lúgubre que pensé que esa era la verdad sobre Elizabeth Sullivan, su verdadero rostro. Que ahora podíamos verla sin el maquillaje que a todos, hasta a mi padre, había hechizado.

Corrimos hasta la puerta por el pequeño camino cubierto de nieve. Una rata mojada pasó junto a nuestros pies.

Cuando llegamos al umbral de la casa de Elizabeth Sullivan, no tuvimos que tocar el timbre porque la puerta estaba abierta. Empujamos y la madera hizo un ruido que pareció un lamento.

TODO ESTABA OSCURO, aunque una luz móvil en otra habitación iluminaba a medias el recibidor y me hizo pensar que había velas encendidas. Yo nunca había entrado en esa casa. A medida que pasaron los segundos comencé a ver mejor. Los objetos estaban cubiertos con mantas. Había un espejo en el recibidor; pude identificar su marco de plata. Susy se me adelantó y comenzó a caminar hacia donde estaban las luces. La estancia era fría. Avanzamos y nos detuvimos en la entrada de un salón, pero no era allí donde estaban las luces, sino en el salón de al lado, que supuse era el comedor. Ya podía imaginar lo que encontraríamos.

Atravesamos aquella habitación gélida y llegamos.

Allí estaban unos cuerpos atados de pies y manos, tumbados hacia adelante con la cabeza descansando sobre unos platos blancos, y junto a ellas un trozo de pastel oscuro con una cobertura que brillaba, blanquecina.

Pero no había sangre. Pensé que podrían estar drogados.

Entonces escuchamos una voz; una mujer nos saludaba.

Venía caminando desde lo que debía ser la cocina. Era baja y delgada. Parecía inofensiva.

—¿Eres Rebeca Olsen? Lo eres, ¿verdad? Supongo que sí, porque Susy hizo lo que le pedí y te traje hasta aquí para salvar a su hermanito...

Después de decir eso, sonrió satisfecha.

—Han pasado muchos años —me dijo mientras caminaba hacia mí. Supe que me había reconocido de inmediato porque de seguro me había estado siguiendo el rastro en su loco afán de venganza, como lo había hecho con todos los de la calle de aquella época.

No tenía nada en las manos, ningún arma. No parecía que su intención fuera hacerme daño. Pensé que debía mantenerme tranquila y hacerla hablar. Dejar que ella condujera la situación.

—¿Es Sebastián? ¿Está muerto? —gritó Susy mirando a uno de los cuerpos.

—Quédate tranquila. No está muerto. Solo inconsciente. Aún no hay sangre sobre la mesa y el terciopelo rojo todavía no está listo.

—Cálmate —le pedí.

Ella me miró y pareció transigir. O eso fue lo que me hizo creer.

—Voy a pedirles que se sienten a la mesa. Tranquilas, que si logramos entablar una conversación amigable nadie va a salir lastimado. Tengo que contarte cosas que no sabes, Rebeca. Es preciso que conozcas los hechos, ahora que...

—¿Qué? —la interrumpí.

—Nada —dijo y sonrió.

Luego me miró con ojos de furia.

—¡He dicho que se sienten! —gritó y llevó la mano derecha hacia atrás, hacia la espalda, y

luego la volvió a poner adelante, mostrando un cuchillo.

—¡No! —gritó Susy.

Ella la miró y le enseñó una de las sillas vacías en torno a la mesa.

—Está bien. Haremos lo que dices —acepté para calmarla.

Pero no lo logré. Se abalanzó sobre mí levantando el cuchillo. Le tomé el brazo derecho con mis manos, pero era fuerte. Logró soltarse y me hizo una herida en el antebrazo. Sentí la punta afilada cortar mi piel. Susy intentaba inmovilizarla desde atrás. Pero se volteó y fue contra ella. Yo hice lo mismo que Susy intentaba hacer antes, bordeándola con mis brazos, y entre las dos logramos quitarle el cuchillo. Ella me empujó y fui a dar al suelo.

Entonces Susy agarró el cuchillo y se lo clavó en el pecho y el cuello, varias veces. Lo hizo con suma destreza. La mujer puso sus manos sobre la herida de donde salían a borbotones chorros de sangre. El cuello de la camisa de cuadros que llevaba puesta se fue mojando rápidamente. Quería decir algo, pero no le salía la voz. Parecía un pez muriendo. Después cayó de rodillas, y luego de espaldas. Allí sufrió unos estertores y todo acabó para ella.

Susy soltó el cuchillo y lo vi caer al suelo. Se fue corriendo a la mesa y comenzó a intentar reanimar a una de las víctimas. Me dirigí a su lado porque la veía descontrolada.

Allí estaban atados una mujer de unos treinta años y un hombre viejo, además de Sebastián. Cuando lo vi bien, supe de quién se trataba; era Piketty.

Les tomé el pulso a los tres. Todos estaban con vida.

Me pareció horrendo el mimo con el cual la asesina había acomodado la mesa; la vajilla, los cubiertos relucientes e impecables, y en el centro un jarrón con unas flores rojas.

—¿Tienes idea de qué les habrá administrado?

—Claro que no. ¿Cómo voy a tenerla? —me respondió Susy.

—Está bien. Debemos buscar ayuda para ellos. Y para que me vean la herida del brazo a mí. Ya todo acabó. Debería lavarme esto y parar la hemorragia, así que mejor voy a buscar algo en la cocina.

—Anda, yo esperaré aquí para que avisemos a la policía.

Di unos pasos hacia la derecha del comedor y ella me corrigió.

—No es en esa dirección. Es hacia el otro lado...

Ya no podía seguir aguardando. Tenía que correr porque me había descubierto. Y sabía que conocía su verdadera identidad. Ella no era Susy, era Jenny.

Y A QUIEN ELLA acababa de asesinar era a su propia hermana. La que casi nunca vi en aquellos años. Debió de haber actuado como cómplice para que se cumplieran los planes asesinos de Jenny. También debió de haber sido maltratada por Elizabeth y tener problemas psiquiátricos. De seguro era una persona vulnerable y sumisa. Y ahora la falsa Susy estaba totalmente desequilibrada y no le importó acabar con su vida. Porque lo que quería era engañarme. Así como su madre logró engañarnos a todos en esa calle, vistiendo el disfraz de mamá perfecta. Jenny era una peligrosa perturbada que jugaba con las identidades para cumplir su venganza con todos los que no la habían ayudado. El hombre atado e inconsciente debía de ser el verdadero Sebastián y la otra mujer, su hermana, la verdadera Susy.

Muchos detalles me alertaron que ella no era quien decía ser. Pero no podía dejar que lo notara. Cuando me fui a vestir y le dejé mi celular en la sala de la casa de mis padres, busqué el otro teléfono que guardo. Es un truco muy efectivo lograr que las personas bajen la guardia cuando creen que controlan la situación de riesgo. En ese momento le dejé un mensaje a Gary. Lo llamé, pero no atendió. Le escribí un wasap, pidiéndole que alertara al FBI lo que había pasado con la extraña que tocó a mi puerta. Le dije que enviara a alguien al número 1225, entre la 27 y la calle Oliva. Esperaba que lo hubiese leído y que pronto llegara la ayuda. Él sabría a quién recurrir.

En ese momento todavía no tenía claridad sobre la identidad de ella. Pero luego, cuando volví a la sala de mi casa y la vi jugando con las campanitas de mamá, lo supe. Eso era lo que hacía Jenny, tocarlo todo. Además, tenía predilección por las campanas. Vino un recuerdo fugaz a mí: un cuaderno de dibujo de Jenny que me enseñaba en el patio de casa, en el cual cada hoja mostraba una campana pintada de un color diferente. Además, me corrigió el nombre de su hermano, y al hacerlo noté una violencia reprimida. Por otro lado, Elizabeth Sullivan creía de manera equivocada que el pastel terciopelo rojo era lo mismo que el pastel del diablo, y ella también lo creía. Ella cometía el mismo error porque de seguro había escuchado muchas veces a su madre decirlo. Y hacía pocos instantes me había orientado hacia el lugar donde estaba la cocina. Eso significaba que conocía la casa, porque era su propia casa. Por eso no se había quitado los guantes, porque conocía mi fascinación de pequeña por la cicatriz que mostraba la mano derecha de Susy, y ella no la tendría, con lo cual yo sabría que no era quien decía ser. Y toda la sobreactuación al llegar a casa, ensuciando y mojando sus ropas, como si llegase corriendo por el parque, era demasiada teatralidad. También percibía a ratos que la extrema preocupación por Sebastián desaparecía. Por ejemplo, en el momento en que estuvo moviendo las campanitas, o cuando me felicitó por la previsión que tomé al no tocar con mis manos la nota que me mostraba. Entonces las palabras que ella misma me dijo en la sala de mis padres volvieron a retumbar dentro de mí, y me sentí una tonta por no notarlo de inmediato, pues en ellas brillaba el

resentimiento: «Nunca miraste los brazos de Jenny. Estaban llenos de moretones y heridas. En cambio, te quedabas extasiada viendo la cicatriz en mi mano...».

En ese momento estaba a punto de enfrentarme con la despiadada asesina del terciopelo rojo, yo sola, y lo peor era que ya sabía que la había descubierto.

PARTE II

—VES por qué prefiero a Natalie que a ti. Ella ha aprendido a preparar los pasteles de una manera aceptable. En cambio, tú no sirves ni para eso, ni para nada. No puedo creer que realmente seas mi hija.

Eso dijo Elizabeth Sullivan a su hija Jenny. Estaban en la cocina de la casa ubicada en el 1225, entre la 27 y la apacible calle Oliva.

Aquella noche se presentaría con un obsequio en las cuatro casas vecinas; la de los Graham, la de los Donovan, la de los Olsen y la del viudo Piketty. Sabía que todos tenían una buena opinión de ella, menos Tobías Piketty. Hasta creía que estaba tratando de poner en su contra a Keneth Olsen, sin mucho éxito.

Elizabeth creía que lo único que la separaba de llevar una vida perfecta era la indisciplina de su hija y lo latoso de su hijo, quien la sacaba de sus casillas con facilidad. Natalie era más sumisa, aunque algunas veces la odiaba porque era débil. También debía castigarla, como hacía con Jenny, para forjarle el carácter.

Esa mañana miró la piscina de otra manera, como pidiendo el deseo de que su vida se arreglara, se simplificara lejos de la responsabilidad de cuidar a ese chico llorón y torpe. Pensó que sería maravilloso que el chico muriera. Eso también haría que el comportamiento de Jenny y de Natalie mejorara. Entonces no andarían por allí, sobre todo la primera, contando a los vecinos que ella las trataba mal.

Le pareció que Jenny, la última vez que le dio una reprimenda, le había dicho algo a Piketty, o sería a Mary Ann Donovan.

—Sí. Creo que fue a ella, pero de nada le servirá. Diré a esa idiota que todo son imaginaciones de la chica, pues está desequilibrada. Además, los Donovan son de los buenos vecinos, los que no se entrometen en la vida de los otros. Son perfectos —dijo en voz alta Elizabeth Sullivan.

Luego de visitar a sus vecinos, y entregarles los obsequios, sumergió en una tina de agua helada a Jenny para que escarmentara. Para disfrazar los gritos puso a sonar el álbum *The Colour of My Love*, de Céline Dion, a todo volumen.

Estos hechos sucedieron el 21 de diciembre del año 1994, en Georgetown, a escasos metros de la casa de los Donovan.

CORRÍ todo lo que pude y llegué a la cocina. Cerré la puerta, pero no logré pasar el seguro.

Ella empujaba con fuerza desde afuera y yo resistía para que no la pudiese abrir.

—¿Desde cuándo lo supiste?

—Sospeché de ti desde las campanitas en la mesa de mamá —dije sin dejar de ejercer presión con mis manos sobre la puerta.

—Supongo que te preguntarás por qué esa puerta tiene un pestillo, y por qué se cierra por dentro. Porque mamá era muy «especial» y cuando quería cocinar, y no quería ser molestada, cerraba con seguro para que ninguno de nosotros pudiese entrar.

Empujé con todas mis fuerzas y logré pasar el seguro. Ella golpeó, enloquecida, la madera.

—No podrás estar allí siempre. Además, te haré salir pronto. Porque sé todo sobre ti, he leído tus artículos en la revista Polis y creo que tienes un patético sentido de la empatía hacia los demás. Por eso supongo que no dejarás que asesine a esos tres que están sentados a la mesa. Porque si no sales de allí, eso es lo que voy a hacer.

Sabía que podía cumplir lo que amenazaba. Pero también sabía que podría matarme a mí. Entonces pensé que si lograba hacerla hablar tras la puerta, ganaría tiempo.

—¿Por qué ahora, Jenny? ¿Por qué quieres vengarte ahora, después de tanto tiempo?

—Porque él murió. Arnold, mi esposo. Y eso fue una injusticia. Mi madre me hizo vivir una infancia terrible frente a los ojos de todos ustedes, pero después de que pasó lo de mi hermano comencé a obedecerla en todo y los maltratos disminuyeron. Los golpes y baños en agua helada se hicieron cada vez más espaciados. Conoció a un hombre y volvió a casarse. Eso también hizo que dejara de centrar su atención en Natalie y en mí. Ya no nos comparaba tanto. Las cosas mejoraron, pero solo porque no le dábamos motivos de pelea y hacíamos todo lo que pedía. De allí que me convertí en una buena pastelera. Puedo decir con seguridad que mis pasteles son mejores que los de mamá. Cuando cumplí la mayoría de edad me fui de casa y nunca más volví a verla. Conocí a Arnold y nos juntamos. Pero murió y yo... yo supe que antes de terminar con mi vida, con esta terrible rabia que no me deja respirar, debo hacer justicia...

—¿Por qué no buscaste ayuda, Jenny?

—Sí la busqué. En mí misma. En mi pasado, y estoy saldando las cuentas. Y fue una maravillosa suerte que cuando pasé por la casa de tus padres, en Arlington, te viera llegar con una maleta. Tenía días rondándola. Ya había decidido llevar a cabo la «cena» sin ningún representante de la familia Olsen porque parecían haberse mudado y tardaría algún tiempo en dar con el paradero de tus padres o con el tuyo.

Volvió a golpear la puerta y yo retrocedí unos pasos.

No entendía por qué no llegaba la ayuda.

—Supongo que estás esperando que vengan a rescatarte, pero resulta que nadie vendrá, querida amiga. ¿Recuerdas que te pedí volver a la sala de casa de tus padres? Sospeché que guardabas otro teléfono y lo encontré en el cajón de la cómoda. Eliminé el mensaje que enviaste a alguien llamado Gary. Sabes que ya se pueden eliminar los mensajes aunque hayan sido enviados, ¿verdad?

Me sentí perdida.

—¿POR qué la mataste? —le pregunté.

—¿A Natalie? Porque tampoco era feliz. Y cuando yo no esté, ya no tendrá a nadie. Esto lo planeamos entre las dos, aunque yo fui lo que se conoce como la autora intelectual. Claro que ella no sabía que mi plan era matarla. Es patético el rechazo que sienten las personas por la muerte, porque no está tan mal. ¿Sabes?, yo ahogué a mi hermanito. Eso no se lo conté ni siquiera a Arnold. Te lo digo a ti porque, después de todo, somos amigas e hicimos un juramento, ¿verdad?

Golpeó la puerta con más fuerza.

Escuché el grito de un hombre. Supuse que Piketty o Sebastián se habían despertado.

—Imbécil anciano, ¡cállate! —la escuché decir y luego oí sus pasos alejarse.

No podía dejar que lo matase.

Entonces, sin pensarlo dos veces y para no arrepentirme de la decisión, busqué en el fregadero algo con lo cual pudiera hacerle daño. Encontré una aguja de un termómetro para asados de carne. Era lo suficientemente pequeña para ocultarla en mi mano. Después me armé de valor y abrí la puerta.

Piketty continuaba gritando.

Corrí hasta el comedor.

Allí estaba Jenny, sosteniendo la cabeza del hombre, y con un movimiento brusco la llevó hacia atrás con la mano izquierda. Con la derecha levantó el cuchillo.

—No lo hagas, Jenny. Él intentó hacer algo. Fue el único. Habló con mi padre. Le habló de tu maltrato, de que tu madre parecía cariñosa, pero no lo era. Fue mi padre quien rechazó aquel comentario porque estaba totalmente engañado por tu madre.

Jenny me miró y, movida por la ira, comenzó a correr hacia donde me encontraba. Iba a ser una pelea cuerpo a cuerpo y no estaba segura de ganarla. Su arma era más peligrosa que la mía. Solo si lograba clavarle la aguja en el cuello tendría una posibilidad antes de que ella me hiciera una herida fatal.

Llegó a mi lado y puso el cuchillo al frente, con las dos manos. Creo que quería clavarlo en mi pecho. Comencé a caminar hacia atrás, de espaldas.

Hubo un ruido de pisadas. Jenny se paralizó. Detrás de ella, saliendo del salón, pude ver al policía que había ido a casa. Llevaba un arma y la apuntaba. Detrás de Hausmann estaba una mujer, su compañera.

Entonces descubrí las intenciones de Jenny. Sabía que todo había terminado y buscaría la salida fácil. Por eso me moví rápido y clavé la aguja que guardaba dentro de mi mano en su pierna. No pretendía hacerle una herida profunda. Solo buscaba que, al reaccionar por el dolor, Jenny soltara el cuchillo y abandonara la idea de cortarse el cuello.

Hausmann detuvo a Jenny y se encargaron de brindarme atención médica a mí, y a las otras víctimas inconscientes. Por Natalie no pudieron hacer nada.

Tal como Jenny había dicho, soy de las personas que rechaza la muerte. Y tengo lo que llamó un patético sentido de la empatía hacia los demás, así como de la justicia. Jenny Sullivan era una asesina peligrosa y debía pagar por sus crímenes.

El agente Niko Hausmann no tenía nada que ver con Tobías Piketty y resultó ser un policía de los buenos; notó que algo no estaba bien en casa y volvió. Encontró la puerta abierta y, al entrar, descubrió la nota en clave que indicaba la dirección de la casa donde estábamos. Fue fácil para Hausmann descifrar la clave puesto que siempre patrullaba esas calles. Al llegar escuchó los gritos de Piketty.

Algunas veces, de tanto sospechar de la gente, nos equivocamos al juzgar a las personas confiables. Porque aunque Rose diga que no hay que confiar en nadie, creo que es sano hacer unas justas excepciones.

Estos terribles sucesos que he narrado me han dejado algunas cosas buenas. Me reencontré con Susy, la verdadera, quien solo estaba drogada, y podríamos decir que le salvé la vida a ella y a su hermano Sebastián. También al señor Piketty, a quien le perdí todo el miedo y ahora aprecio como un hombre sumamente intuitivo. Luego de las fiestas los he invitado a una cena en casa.

Ahora espero la llamada de Rose para contarle que visitaré a Jenny en su lugar de reclusión. Sé que es una asesina, pero fue mi amiga cuando solo teníamos cinco años. Y quiero que me cuente su historia de maltrato y locura, la que vivió puertas adentro sin que nadie lo notara, y sin que los pocos que lo hicieron la ayudaran. Soy periodista y creo que esas historias deben contarse, porque puede que si logramos salvar a otras víctimas a tiempo, lograremos también impedir que se conviertan en victimarios.

NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de este relato.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma ;)

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

[Amazon.com](https://www.amazon.com)

[Amazon.es](https://www.amazon.es)

[Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)

Si has disfrutado leyendo *No lo revelaré*, te invito a leer los otros relatos de la serie Rebeca Olsen:

No confiaré: Rebeca Olsen n° 1

No lo permitiré: Rebeca Olsen n° 2

Los asesinos de Hudson Line: Rebeca Olsen n° 4

Los suicidios de Princeton: Rebeca Olsen n° 5

Los traficantes de Los Angeles: Rebeca Olsen n° 6

Si deseas leer otra de mis obras de manera gratuita, puedes suscribirte a mi lista de correo y recibirás una copia digital de mi relato *Los desaparecidos*. Así mismo te mantendré al tanto de mis novedades y futuras publicaciones.

Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/losdesaparecidos>

Puedes encontrar todas mis novelas en estos enlaces:

Amazon internacional

www.amazon.com/shop/raulgarbantes

Amazon España

www.amazon.es/shop/raulgarbantes

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes



ÍNDICE

Créditos

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Notas del autor